

República Centroafricana: ¿Inestabilidad ayer, violencia hoy, confianza para mañana?

N. 12 · enero de 2015

ISSN: 2014-2765 DL: B. 2828-2015

Albert CARAMÉS

El nuevo ciclo de violencia que vive la República Centroafricana desde el 2013 no encuentra precedente similar en magnitud en la historia del país. Sus dinámicas deben buscarse en razones más profundas que ayuden a comprender ciertas características del Estado centroafricano. Las medidas aportadas para paliar la situación - vertebradas a través de la construcción de medidas de confianza, tal y como estipula el acuerdo de cese de hostilidades de Brazzaville, firmado en julio de 2014 - son insuficientes ya que, además de no mitigar la inestabilidad reinante, apenas dan respuesta a los problemas estructurales que el país debe afrontar.

Este *policy paper* pretende radiografiar el pasado y presente de la violencia armada en la República Centroafricana, a través de sus actores y dinámicas, y contribuir con recomendaciones que aporten mayor clarividencia de cara a un futuro cercano, ante la celebración del Foro de Bangui -previsto por el momento para enero de 2015- , que debería dar continuidad al acuerdo de Brazzaville, tanto por los desafíos a superar como por los roles de los actores principales.

Análisis

Comprender la inestabilidad estructural de ayer

La tradición democrática de la República Centroafricana siempre ha dejado mucho que desear, ya que una sucesión de golpes de Estado han provocado la alternancia de distintos regímenes normalmente ventajistas hacia los miembros de su etnia. Así, la representatividad descentralizada del Estado (autoridades, sistema sanitario, infraestructuras, etc.) ha sido prácticamente inexistente fuera de Bangui, lo que diluye una visión de Estado, más allá de una bandera e himno comunes. A todo ello, hay que sumarle diversos aspectos socio-económicos, ya sea el control de los recursos naturales (muy localizados en minas de oro y diamantes), como por los enfrentamientos históricamente encadenados entre grupos nómadas pastorales que practican la trashumancia y comunidades sedentarias agrícolas en el norte del país.

La marginación histórica de la zona noreste fue el *leitmotiv* de una de las principales coaliciones rebeldes que ha sumido al país en la situación actual.

Ante la impresión de olvido y falta de gobernabilidad en ciertas partes del país, una serie de grupos rebeldes se fueron constituyendo en la franja norte del país durante la última década. Con el tiempo (tras distintas reestructuraciones) algunos de estos grupos formaron la coalición rebelde “Séléka” (“alianza” en sango, lengua local). Ésta, con un avance meteórico, fue tomando ciertas poblaciones y ejes, hasta la toma de la capital el 24 de marzo de 2013, llevando a Michel Djotodia auto-proclamarse presidente de la República.

A partir de entonces, y tanto en la capital como en el interior, la inestabilidad se iría agravando, con constantes acciones violentas reportadas a las que habría que añadir una constante impresión de inacción gubernamental - claramente reflejada, por ejemplo, en el impago de los salarios a los funcionarios durante muchos meses - y el desmantelamiento de un Estado ya débil de por sí, así como la sensación de un acompañamiento insuficiente de la comunidad internacional.

En consecuencia, especialmente ante la falta de control de sus fuerzas de seguridad, las actuaciones impunes de los Séléka provocaron una creciente organización en su contra. El recrudecimiento de los enfrentamientos se seguiría reproduciendo en el norte

del país, con casos que irían apareciendo de forma esporádica en distintas localidades.

El punto álgido se produciría el 5 de diciembre de 2013, cuando las milicias anti-Balaka (“anti-machete” en Sango, inicialmente grupos tradicionales de cazadores) ocasionaron los ataques en Bangui causando más de un millar de muertos y heridos, así como un desplazamiento de medio millón de personas sólo en Bangui. Asimismo, se iría constatando una creciente estigmatización entre las comunidades cristianas y musulmanas, relacionadas de forma generalizada con los grupos armados anti-Balaka y Séleka, respectivamente, la cual se desencadenó por un fenómeno de limpieza étnica tal y como fue denunciado por organizaciones de derechos humanos.

Desde entonces, han sido diversos los esfuerzos que se han realizado para paliar esta nueva espiral de violencia, esencialmente basados en la estabilización política y de seguridad, sobretodo en la capital. El año 2014 empezó con la dimisión forzosa del Presidente Djotodia, remplazado por Catherine Samba-Panza. Ella conformó un gobierno de transición bajo el principal objetivo de conducirlo a unas elecciones presidenciales y legislativas, de momento previstas para mediados de 2015.

No cabe duda que para llegar a dicho objetivo son muchos los retos que se presentan, empezando por la lucha contra la impunidad de la violencia reinante en todo el territorio, la mejora de las condiciones humanitarias de una gran parte de la población centroafricana o la estabilización de la seguridad a nivel nacional, por citar los aspectos más urgentes.

Por el momento, el marco para intentar llevarlo a cabo son los Acuerdos para el Cese de Hostilidades de Brazzaville (República del Congo), firmados en julio de 2014. Más concretamente, este acuerdo insta al cese de hostilidades de las partes firmantes, la reconciliación entre las mismas o la reinserción de los ex combatientes, entre otros aspectos. Dicho proceso debería ratificarse, según lo estipulado, por un proceso de concertación nacional, que culminaría en un nuevo foro en Bangui, inicialmente previsto para enero de 2015, para sentar las bases que permitan llegar a las ya mencionadas elecciones. Si bien se debe apreciar el *momentum* positivo creado para la firma de ese acuerdo, el contexto y el proceder para la creación de dichas medidas merecen una revisión crítica.

Analizar la violencia de hoy

El acuerdo de cese de hostilidades presentaba todos los puntos pactados de forma muy abstracta. Para intentar paliarlo, desde la comunidad internacional, también de forma poco concisa, se apeló a la creación de “medidas de confianza” para su cumplimiento. Así, por ejemplo, contrariamente a lo que se pudiera

pensar, no se está realizando un desarme de las zonas más delicadas, sino que se está llevando a cabo un control de los *stocks* de armamento que los grupos armados siguen poseyendo. En líneas generales, a día de hoy todavía no existe una alternativa plausible para que el arma no sea vista como la principal herramienta de supervivencia.

Esta estrategia no hace más que acrecentar las acusaciones de inacción del gobierno de transición y de la comunidad internacional, así como las constantes sospechas de falta de voluntad política de las partes firmantes. Por una parte, al gobierno de transición se le acusa de no saber responder a las necesidades del país en este momento, incluso con acusaciones veladas de falta de liderazgo, así como de inacción e incapacidad para afrontar los retos del actual contexto, especialmente en materia de reconciliación e inclusión. A estas críticas se le podrían añadir las acusaciones veladas de clientelismo en un momento en que la comunidad internacional se responsabiliza del pago de los salarios de la administración pública y de una gran parte de la seguridad por parte de las distintas fuerzas presentes en suelo centroafricano.

Al acuerdo de Brazzaville le debería seguir un proceso de concertación nacional y un nuevo foro en Bangui

Por el momento, esta comunidad internacional está representada por un abanico de instituciones con una actitud desconfiada y de descoordinación entre ellas. El 15 de septiembre de 2014, una operación de mantenimiento de la paz de Naciones Unidas (MINUSCA) remplazó la fuerza liderada por la Unión Africana (MISCA). A ésta hay que sumarle la presencia de la operación francesa Sangaris (encargadas de la seguridad en el exterior de Bangui) y las fuerzas de intervención europea EUFOR (basadas únicamente en la capital). Ante todo, parece ser que, a nivel político, es la agenda francesa la que impera con su intención de que se celebren las elecciones presidenciales en 2015 bajo la premisa de que “mejor pronto que bien hechas”, tal y como se pudo comprobar en la reunión del Grupo Internacional de Contacto celebrada en Bangui en noviembre de 2014. Y es que las condiciones de

seguridad y la falta de despliegue de la administración fuera de Bangui hacen vislumbrar que la fecha prevista es pura utopía, por no hablar de un posible referéndum de una nueva constitución para mayo de 2015, elemento que todavía no ha cobrado la relevancia que merecería.

En cuanto a la medición de la contribución de la comunidad internacional en general, resulta difícil comprobar una clara estabilización de la seguridad en la capital, tal y como se demuestra en las dos oleadas de violencia que ha sufrido en el último semestre. Hasta el momento, su comprensión de mantenimiento de medidas de confianza no pasa por los ejercicios de reconciliación ni cohesión social, sino más basados en la imposición de la paz (*peacemaking*) para liberar la capital de la presencia de armas. Desgraciadamente, la estabilidad del resto del país, así como un claro control de la proliferación descontrolada de armamento (más por su circulación interna que no por la entrada de nuevos arsenales) son aspectos reconocidos como secundarios, por falta de medios humanos (medios militares), así como por considerar que es la lucha contra la impunidad la primera batalla a ganar.

A nivel político, la agenda francesa es la que parece imperar con su intención de que se celebren elecciones presidenciales en 2015

Respecto a los enfrentamientos y sus raíces, éstos no deben buscarse en motivaciones confesionales, sino en la creación de grupos armados que, con distintas características y motivaciones, han querido mostrar su explícito y violento rechazo hacia el poder gobernante en cada momento. La composición y estructuración (débil) de estos grupos se vertebra en buena medida a través del origen étnico de sus componentes, lo que aporta coherencia al hecho anteriormente mencionado, donde los sectores gobernantes priorizaban casi exclusivamente sus zonas de origen, en detrimento del resto de la población.

Empezando por la otra alianza rebelde “Séléka” se entiende como una conjunción de grupos armados de

las etnias Goula y Rounga (procedentes del noreste del país, enfrentadas históricamente por el control de la zona) y Peuhl (de tradición pastoral en el centro-oeste del país y que no formaban parte del núcleo inicial) que, durante casi una década y ante la impresión de olvido y falta de gobernabilidad en sus zonas de origen, decidieron optar por la vía armada. Las disensiones internas ya se habían visibilizado durante los meses de gobernanza - donde cada sector seguía únicamente las instrucciones de su principal representante -. Buena muestra de ello es el hecho que estuvo representada en Brazzaville por Moussa Dhaffane, ex ministro bajo la presidencia de Michel Djotodia y de etnia Rounga - quién acabó apartado y arrestado por el propio Djotodia -. Éste parece haber perdido ascendencia respecto las facciones de este grupo que se vienen conformando en el interior del país, los Peuhl de Ali Darrass, la facción árabe de Alkhatim o los Goula de Nourredine Adam. Dichas facciones parecen tener estructuras e intereses independientes de las otras.

De una forma parecida se podría radiografiar el proceder de las milicias “anti- Balaka”, las cuales se fueron gestando en la zona centro-norte del país y teniendo como epicentro la región del Ouham, con un núcleo formado por miembros de la etnia Gbaya (la misma que el ex presidente François Bozizé) y Yacoma (del también ex mandatario André Kolingba). Históricamente se consideraban como congregaciones de cazadores tradicionales (con armas de caza artesanales y amuletos o “gri-gri”) en dichas zonas y fueron aumentando su grado de organización en oposición y protesta a las acciones de la coalición Séléka, con acciones en distintas localidades del oeste del país desde septiembre, hasta llegar a Bangui el 5 de diciembre de 2013 y con sospechas de colaboración de miembros de las antiguas fuerzas armadas (FACA), conformadas por miembros de la mismas etnias.

Si bien el objetivo podría quedar claro, su falta de estructuración interna y modo de operar no queda a día de hoy excesivamente clara. Su sentimiento es el sentirse los “héroes de la liberación” del país, intentando auto-justificar así sus acciones al creerse más representativos de la sociedad centroafricana. Sus distintas escisiones - con distintos líderes que se autoproclaman como los verdaderos líderes- muestran a un grupo heterogéneo con distintas caras: robustez como grupo de autodefensa para la defensa violenta de un territorio, pero fragilidad como milicia para estructurarse de forma más coordinada y ante una disparidad de motivaciones sin consensuar, más cercanas a grupos criminales/bandidos que a grupos armados estructurados.

Recomendaciones

Ante este panorama poco alentador, la supuesta celebración del Foro de Bangui (enero de 2015) debería ser la plataforma para lanzar un proceso de paz, donde los temas a tratar en la agenda tendrán la misma importancia que los roles de todos los actores participantes. Las siguientes recomendaciones siguen estas dos grandes líneas.

En cuanto a los temas a tratar en la agenda del Foro de Bangui, éstas son las recomendaciones:

1) *Reforma global del sector de la seguridad*

La impunidad y la falta de un sistema judicial son la principal preocupación a día de hoy, así como por la ausencia casi total de las autoridades estatales a nivel local. Por todo ello, este tipo de reforma - en su sentido más amplio, contemplando desde las medidas de desarme, pasando por una reestructuración de los cuerpos estatales de defensa y seguridad y hasta una clara reforma del sistema judicial - se prevé esencial para apoyar la mencionada gobernabilidad democrática. En dicha reforma habría que plantearse cuáles son las estrategias necesarias, y bajo qué orden de prioridad, para hacer frente a la amenaza de los grupos armados (proceso de DDR, negociaciones, lucha contra la impunidad), así como el equilibrio entre la vía política y la militar.

2) *Proceso electoral*

La comunidad internacional, especialmente Francia, parece inquietarse ante las relaciones con un gobierno nacional de transición, de ahí que apremie la celebración de unas elecciones. Celebrar comicios presidenciales - o incluso un referéndum sobre una nueva constitución, que no parece mencionarse lo suficiente- no son hechos baladíes y deberían tomarse las medidas necesarias para que tengan el máximo nivel (político, de seguridad y logístico) de garantías democráticas.

3) *Dinámicas socio-económicas*

Si bien se tratan de desafíos a largo plazo, aspectos como el control de los recursos naturales o la mediación en el fenómeno de la posesión de tierras y la trashumancia merecen una atención constante bajo el reto de mitigar estos problemas estructurales.

4) *Empoderamiento a nivel nacional*

La sociedad centroafricana nunca se ha caracterizado por un alto grado de cohesión social. Más allá de los principales líderes religiosos, desafiados también desde las comunidades musulmana y cristiana, cuesta encontrar un acompañamiento de estas acciones tanto a nivel estatal (no se detectan por el momento grandes acciones del actual ejecutivo de Samba Panza, ni tampoco de otros estamentos de la sociedad civil),

pero tampoco de la comunidad internacional, quién deberá plantearse que rol jugar al respecto. Este proceso debería venir acompañados por una verdadera voluntad para llevarlos a cabo, pero, y lo más importante, construidas desde una base comunitaria.

Este último aspecto arremete directamente a la necesidad de analizar qué roles deberían tomar los actores participantes en el proceso, constituyendo así la segunda línea de recomendaciones.

1) *Gobierno nacional de transición*

Para afrontar los retos del país necesitaría dotarse de las figuras que aúnen capacidad de cohesión, visión de Estado y voluntad real para cambiar hacia una etapa de estabilidad. Para ello, deberá huir de las malas costumbres nacionales de un cierto clientelismo y favorecimiento del sector más cercano. Un proceso de concertación nacional, como se preveía en el acuerdo de Brazzaville, y realizado de manera efectiva debería contribuir a su legitimidad, así como mostrar una hoja de ruta consistente.

El Foro de Bangui debería ser la plataforma para lanzar un proceso de paz en la República Centroafricana

2) *Comunidad internacional*

Resulta evidente que los intereses actuales de países como Francia, Estados Unidos, Chad o Sudán respecto RCA, divergen enormemente. Sin una homogeneización de las agendas y una verdadera voluntad de trabajo coordinado y de apoyo hacia la soberanía nacional y su estabilidad no se conseguirá progreso alguno. En este sentido, la pregunta clave no debería ser en este caso qué papel debe jugar la comunidad internacional, sino qué rol desea tomar.

3) *Acercamiento hacia los grupos armados*

Más allá de la reiterada petición de cese de la violencia armada, la responsabilidad de acercamiento hacia los grupos armados es una componente imprescindible de cara al próximo Foro de Bangui. Más allá de la presencia de grupos en zonas muy específicas (LRA en el sureste, el RJ en el noroeste o el FDPC de Abdoulaye Miskine, arrestado recientemente), la atención se centra en los dos principales contendientes en la situación actual:

- **Ex – Séleka:** necesidad de una mejor comprensión de su creciente fragmentación (a día de hoy todavía es difícil decir si hablamos de coalición “Séleka” o “ex -Séleka”) sin que ello signifique una creciente debilidad. Esto debe ayudar a comprender los distintos objetivos y redes de intereses, especialmente establecidos según la pertenencia étnica y a partir de la oposición al status quo reinante en ese momento. Como resultado deseado, más allá de las dinámicas de construcción de paz antes citadas, este acercamiento a nivel local debería permitir a corto plazo una mayor accesibilidad de los actores humanitarios hacia la población, la principal víctima de la situación, como en tantos otros casos.
- **Anti – Balaka:** necesidad de una clarificación de la jerarquía de sus distintas facciones y líderes, así como la necesidad de lucha contra su constante impunidad, evitando así, una nueva movilización. En este caso, la clarificación de las agendas debe hacerse sobre todo a partir de criterios políticos y militares, trazando a la vez, las distintas facciones que vienen marcadas por los sectores de etnia Gbaya (etnia del ex presidente Bozizé) y los no-Gbaya.

4) Fortalecimiento de la sociedad civil

En cualquiera de las estructuras deseadas (nivel de influencia, temática a abordar, etc.) el fortalecimiento de la sociedad civil es necesario para, desde una aproximación comunitaria, poder expresar los deseos reales de la población. Sus acciones a nivel local tienen un alto grado de aceptación, por lo que necesitan de mayor reconocimiento

SOBRE EL AUTOR:

ALBERT CARAMÉS es licenciado en Sociología y Doctorando en Paz y Seguridad. Actualmente es investigador asociado del *Groupe de Recherche et Information pour la Paix* (GRIP). Colaborador habitual del ICIP, ha trabajado en la Escola de Cultura de Pau (UAB), Naciones Unidas y Médicos sin Fronteras, ya sea en la sede como en países africanos: Côte d’Ivoire, Congo-Brazzaville y República Centroafricana.

RENUNCIA DE RESPONSABILIDAD:

Las opiniones expresadas en esta publicación no reflejan necesariamente las del ICIP.

INSTITUTO CATALÁN INTERNACIONAL PARA LA PAZ

El Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP) es una institución pública, y a su vez independiente, cuyo propósito principal es promover la cultura de la paz y facilitar la resolución pacífica y la transformación de los conflictos violentos. Las actividades del ICIP están relacionadas con la investigación, la transferencia de conocimiento y la difusión de ideas, así como con la intervención sobre el terreno. El ICIP presta una especial atención a la promoción de investigaciones originales, no solo desde el campo teórico, sino también en la aplicación práctica de soluciones. La publicación de la serie de *Policy Papers del ICIP* se enmarca en este contexto.

www.icip.cat / icip@gencat.cat